

Crédito y ahorro como actitudes ante la vida

*Ignacio F. Ibáñez Ferrándiz*¹

I - Introducción: el crédito y el ahorro como actitudes ante la vida

Los seres humanos somos el resultado de lo que fuimos. Disponemos, como punto de partida para cualquier aventura futura, de lo que fue producido, ahorrado y legado por nuestros antepasados a lo largo de los siglos. No obstante, el ahorro en términos amplios, como histórica aproximación del ser humano a la vida en sociedad, como esmerada preservación de lo producido—y no consumido—, como basamento de cualquier futuro fuste, como mínima certidumbre del incierto devenir, es un concepto rejoneado hoy por sus cuatro costados, herido en lo más profundo. La supremacía de la idea de crédito, de lo que encierra y la rodea, de las potencialidades del ser sobre lo que es, o fue, reina en Occidente.

Esta preeminencia del concepto de crédito sobre el de ahorro no es, lamentablemente, circunscrible al ámbito económico, aunque contemporáneamente se manifieste especialmente en él. Las esferas política, social y cultural, que no son, en definitiva, sino diferentes caras del mismo prisma, muestran igualmente la fatal arrogancia que comporta el anteponer crédito sobre ahorro: el creer que podemos prever, planear y construir utopías, desdeñando la consustancial incertidumbre del futuro y los inexcusables asideros del pasado. Por eso son, más allá de lo económico, conceptos en sentido lato, comprensivos, actitudes ante la vida.

II - El concepto de crédito como laberinto económico

No obstante, el campo económico nos ofrece de inicio una ilustrativa explicación del problema al que nos enfrentamos. En él podemos observar con claridad el laberinto en el que nos hemos metido a causa de la popularización de las políticas de expansión crediticia. A pesar de ello, y a pesar de que, como apunta Von Mises, “la ciencia económica, desde sus comienzos, ha demostrado una y otra vez que [las afirmaciones de los valedores del expansionismo y del inflacionismo] sobre las supuestas bendiciones de la abundancia dineraria y los supuestos desastres inherentes a su escasez encierran crasos errores lógicos”², seguimos enfrascados en estériles debates que subrayan la importancia de que bancos, empresas e individuos sigan teniendo acceso al crédito—y a uno artificialmente barato—pues de otro modo el mundo como lo conocemos colapsará. El crédito es un elemento muy relevante, sin duda, en cualquier economía, pero, ¿es una *conditio sine qua non* de nuestro desarrollo y supervivencia civilizacionales? No. ¿Es sólo concebible con tipos de interés determinados por instituciones públicas? No. ¿Es indiferente que el crédito esté respaldado por ahorro? No. Entonces, ¿cuáles son las verdaderas razones de fondo de estos argumentos pro-expansivos?

¹ Ignacio F. Ibáñez Ferrándiz trabaja actualmente en la Organización de los Estados Americanos (OEA) en Washington D.C., Estados Unidos. Con anterioridad trabajó para la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD) con sede en Viena, Austria. El autor es Licenciado en Derecho y Master en Relaciones Internacionales (Primera Mención de Honor), con especialidad en Derecho Internacional y Terrorismo. Ha cursado sus estudios superiores en la Universidad Complutense y la Universidad San Pablo-CEU (Madrid, España), la Universidad de la Sorbona (París I, Francia) y la Universidad de Cambridge (Cambridge, Reino Unido). Publica habitualmente trabajos y artículos sobre derecho, seguridad y filosofía política. Las expresiones vertidas en este artículo son las del autor.

² Von Mises, Ludwig, “La acción humana. Tratado de economía”; Unión Editorial, 8ª edición, 2007; p.559.

Son múltiples las conjeturas que se pueden hacer acerca de por qué se presentan la expansión crediticia y la inflación como deseables, pero dos son especialmente llamativas. Por un lado, podemos optar por creer, a pesar de los descorazonadores datos empíricos e históricos³ que la actual crisis cruelmente apostrofa, que quien promueve estas políticas de expansión crediticia lo hace inocentemente confiado en que los efectos positivos para la sociedad del *boom* compensan el *bust*, es decir, la recesión que los sigue. Por otro, podemos reflexionar acerca de cómo la promoción interesada por parte de los poderes públicos de un acceso fácil al crédito vía bancos centrales, crea entre los individuos falsas lecturas de la realidad y expectativas de futuro. Éstas les hacen gastar más—o gastar con menos respaldo—de lo que lo harían sin dichos incentivos. El “dinero fácil” introducido en el sistema alienta, por un lado, un crecimiento pronunciado (pero totalmente desequilibrado) de la economía y, por otro y a consecuencia de lo anterior, cuantiosos ingresos para las arcas públicas a través de los impuestos, para regodeo de sus irresponsables administradores. Administradores que fueron a su vez los que originariamente promovieron la expansión crediticia... Mientras la burbuja se infla casi todo el mundo parece beneficiarse—ciudadanos y estado—. Pero, puesto que no se ha generado la verdadera producción y creación de riqueza⁴ que han de acompañar el desmesurado gasto que el “dinero fácil” fomenta, pronto la situación se hace insostenible, resultando en recesión y desempleo masivo⁵.

Quizás los intereses particulares, que no generales, implícitos en estas razones, sirvan para explicar por qué, contra viento y marea, contra toda evidencia y antecedente, los estadistas defensores de un gran sector público siguen promoviendo políticas crediticias a todas luces ruinosas. Al tiempo, mientras el crédito es pregonado como fuente de progreso, el ahorro es tildado de despropósito, pues—nos dicen—evita que el consumo se active y que por lo tanto la economía “fluya”, recuperando así el vigor.

III – El concepto de ahorro como legado material e intelectual

Desafortunadamente para los adalides del crédito, existe el tiempo. El tiempo, que no el pasado, como condicionante insorteable del futuro y esencia del mismo. Por eso tiempo y ahorro no pueden desligarse: el concepto lato de ahorro, por sus propias reverberaciones pasadas—lo ahorrado, material e intelectualmente—y futuras—pues no partimos de cero, sino de lo que ya existe—es la clave de bóveda del actuar humano a lo largo del tiempo. Es la cuchara, la pieza musical y la magdalena de Proust; lo que refunde y explica recuerdos y proyectos⁶.

³ Von Mises, Ludwig, op. cit., pp. 556 y 557, y cap. XX, pp. 639 y ss. También: Huerta de Soto, Jesús, [“Dinero, crédito bancario y ciclos” (1998)] *“Money, Bank, and Economic Cycles”* ed. 2012 (1st 2006), especialmente: cap. 6.18, pp. 476 y ss. *“Empirical Evidence of the Theory of the Cycle”*.

⁴ Hay que diferenciar entre el crédito que cuenta con un respaldo real, en forma de ahorro que denota una real creación de riqueza, de la expansión crediticia sin respaldo real, sin ahorro. Esta diferencia y sus consecuencias están bien ilustradas por el Profesor Huerta de Soto; op.cit. cap. 5.3, pp. 347 y ss. *“The Effects of Bank Credit Expansion Unbacked by the Increase in Saving”*.

⁵ Huerta de Soto, Jesús, op.cit., p. 417: *“The direct cause of massive unemployment is labour market inflexibility (...) the indirect cause is still inflation; more specifically credit expansion initiated by the banking system without the backing of real saving.”*

⁶ Aludo aquí a la memoria, que no es sino otra manifestación del tiempo y del concepto lato de ahorro. Proust, Marcel, « Le temps retrouvé » (« À la recherche du temps perdu »), ed. Folio – Gallimard, 2011 (1990; 1ª 1927), entre otros muchos

Al intentar producir y comercializar algo puedo obviar los orígenes de las herramientas de las que dispongo, pero no ignorar de cuáles dispongo para cumplir mi objetivo. Esas herramientas son tanto físicas como intelectuales, tanto la central eléctrica como la manera en la que se produce la electricidad. Por lo tanto, cualquier acción productiva se fundamenta en el ahorro material e intelectual de las pasadas generaciones, hasta el principio de los tiempos; lo cual es a su vez algo que dicha acción no puede dejar de tener en cuenta en su ejecución futura. Somos, parafraseando a Newton, individuos capaces de ver más lejos sólo porque nos alzamos sobre los hombros de gigantes. Gigantes que representan el legado de conocimiento y bienes, traspasados de generación en generación, que nos permite nacer hoy en un mundo que dispone de herramientas como los rayos X y de comodidades como la calefacción. Gigantes que personifican el ahorro pasado, al tiempo que nos ofrecen una visión, una perspectiva privilegiada del futuro. Nacemos en un mundo más desarrollado y tendiente al continuo progreso porque disponemos de los bienes y conocimientos acumulados por nuestros antepasados. Sólo podemos *crecer*, en el sentido que le da Chesterton, material y espiritualmente⁷ sobre ellos. Gracias a ese “ahorro”, en sentido lato, no partimos de cero al emprender el desafío de la vida.

Ese ahorro, ese traspaso y esa acumulación multiplicadora, como bien entendieran Aristóteles, Spencer o Hayek, son lo que permite nuestra supervivencia y lo que realmente nos diferencia a los seres humanos del resto de las especies. Somos animales sociales (*zoon politikon*) porque entendimos que la vida en sociedad multiplicaba nuestras posibilidades de supervivencia. Desarrollamos espontáneamente lenguas y medios de comunicación, leyes y normas porque fortalecían los lazos personales, transmitían con detalle el pensamiento, y preservaban la paz que es necesaria para hacer frente a los desafíos que la vida y el mundo plantean. Todo ese *acquis*, todo ese ahorro, legado y aumentado durante cientos de miles de años, persona a persona, es el mayor tesoro de la humanidad y su máxima garantía de pervivencia.

El problema es que hoy la mayoría de los occidentales parecen preferir ignorar el trascendental papel que el concepto de ahorro ha jugado y juega tanto en lo económico como en lo social en nuestra historia. La humildad socrática que lo vertebra nos advierte a cada paso de que no debemos tomar nada por descontado, que el precedente es importante, que hay tantas cosas fuera de nuestro control que mejor haríamos siendo cautos y prudentes en nuestras previsiones. Pero no. Hoy preferimos vivir de las potencialidades que emanan del concepto de crédito, más etéreas, dionisiacas y relativas. Preferimos esa fatal arrogancia que nos hace pensar que lo incierto y lo incalculable no es tal, que un correcto análisis o una exhaustiva e innovadora investigación son capaces de despejar cualquier duda, que no hay riesgos insuperables en el crédito, en el futuro. Somos el superhombre nietzscheano del siglo XXI, el “señorito satisfecho” sobre el que alertaba Ortega y Gasset:

extractos pertinentes : p. 179: « *Mais qu'un bruit, qu'une odeur, déjà entendu ou respiré jadis, le soient de nouveau, à la fois dans le présent et dans le passé, réels sans être actuels, idéaux sans être abstraits, aussitôt l'essence permanente et habituellement cachée des choses se trouve libérée* » ; y p. 336 « (...) *puisque la mémoire, en introduisant le passé dans le présent sans le modifier, tel qu'il était au moment où il était le présent, supprime précisément cette grande dimension du Temps suivant laquelle la vie se réalise.* »

⁷ Me refiero aquí a lo espiritual como a lo inmaterial en sentido general. Por ejemplo, los conocimientos intelectuales, los valores morales, o los principios de actuación rectora.

*“Este personaje, que ahora anda por todas partes y dondequiera impone su barbarie íntima, es, en efecto, el niño mimado de la historia humana. El niño mimado es el heredero que se comporta exclusivamente como heredero. Ahora la herencia es la civilización—las comodidades, la seguridad en suma, las ventajas de la civilización—. (...) Se halla, al nacer, instalado, de pronto y sin saber cómo, en medio de su riqueza y de sus prerrogativas. Él no tiene, íntimamente, nada que ver con ellas, porque no vienen de él. Son el caparazón gigantesco de otra persona, de otro ser viviente: su antepasado. Y tiene que vivir como heredero (...) La sobra de medios que está obligado a manejar no le deja vivir su propio y personal destino, atrofia su vida. Toda vida es lucha, el esfuerzo por ser sí misma. Las dificultades con que tropiezo para realizar mi vida son precisamente lo que despierta y moviliza mis actividades, mis capacidades. (...) El “señorito satisfecho” se caracteriza por “saber” que ciertas cosas no pueden ser y, sin embargo, y por lo mismo, fingir con sus actos y palabras la convicción contraria”.*⁸

Para el “señorito satisfecho” de la actualidad no tiene, por lo tanto, ningún sentido oponerse a lo que el concepto lato de crédito supone. Vive sin miedo a los saltos al vacío porque no concibe que lo circundante pueda desaparecer. Si algo sale mal, la culpa es del de enfrente y de la falta de regulación. Cree entender lo que le rodea, pero al tiempo lo desdeña. Dilapida su herencia, material e intelectual, porque “en el largo plazo estaremos todos muertos”.

La política contemporánea en Occidente, que no deja de ser un embarazoso reflejo de los males que aquejan a nuestras sociedades, es, con contadas excepciones, un buen escaparate si lo que quiere uno es observar al “niño mimado de la historia humana”. La falta de liderazgo, el temor a tomar el toro por los cuernos, la incapacidad para prever en lugar de simplemente responder, la inexistente voluntad de sacrificio y de trabajo, de ser responsable y consecuente más allá de cálculos electorales, de valorar la visión estratégica, los principios y la capacidad de abstracción... todas esas faltas dejan al desnudo las vergüenzas de los políticos, y las nuestras. Por eso no es de extrañar que se desprecie el concepto de ahorro: es una actitud ante la vida que se encuentra en las antípodas de semejantes mezquindades.

IV – Conclusión: el tiempo de la libertad

¿Qué sucede cuando pedimos un crédito? Que contraemos una deuda. ¿Y qué pasa cuando no podemos pagar esa deuda? Que perdemos lo que teníamos y lo que pensábamos tener. La enorme crisis de deuda, privada y pública, que vive Occidente, es económica, pero sobre todo moral. Amenaza con llevarse por delante no sólo nuestro secular ahorro material, sino también el intelectual y espiritual. También promueve el fracaso de cualquier análisis que reivindique el concepto y filosofía vital del ahorro como manera de salir del atolladero, tachándolo de anacrónico, reaccionario e inútil.

Si lo primero es preocupante, lo segundo más aún ya que el único camino que la filosofía del crédito pretende así hacer viable es el propio, su reivindicación y preeminencia. Más crédito sin respaldo, más “dinero fácil”, más deuda; más regulación, más interés particular sobre el general, más Estado; más “señoritos satisfechos”, más control paternalista de unas supuestas élites, más

⁸ Ortega y Gasset, José, “La rebelión de las masas”, ed. Austral, 2011 (1ª, 1930); pp. 160 y ss.

servidumbre. Una reflexión circular que tiende indefectiblemente a ahogarnos y que desemboca en un moderno tipo de esclavitud.

La alternativa es clara: un ahorro material que respalde un crecimiento alentado por la propia filosofía que lo inspira. Algo tangible en lo que podamos apoyarnos, junto con los principios, valores y conocimientos que hemos acumulado en el tiempo. El comprender la valía y recompensas del esfuerzo vital, de la prudencia y de la razón creativa⁹. Ese *acquis* que representa un asidero, un apoyo, pero nunca un lastre. Esa clave de bóveda entre el pasado y el futuro.

El ahorro como actitud vital es lo que nos guiará hacia la libertad, pues sólo así podremos crecer, trabajando individual y cooperativamente para deshacernos de intereses particulares, relativismos y pasionales saltos al vacío. Para deshacernos de deudas y recuperar nuestra independencia. De ello depende la supervivencia de nuestra civilización.

Es el tiempo del ahorro, es el tiempo de la libertad.

Fuente: Hispanic American Center for Economic Research – www.hacer.org - Washington DC

⁹ En este contexto, es destacable lo que señala Karl Popper en su clásico, “La sociedad abierta y sus enemigos” (Paidós Surcos 20, ed. 2010; 1ª ed. 1945, p. 452): “el racionalismo debe estimular el uso de la imaginación porque la necesita [para superar contradicciones y desafíos teóricos y prácticos], en tanto que el irracionalismo hace todo lo contrario [, es decir, admite contradicciones y por lo tanto no reflexiona imaginativamente]”. También aludo aquí a las constantes llamadas de atención de F.A. Hayek en relación al “abuso de la razón”, en muchas de sus obras, por ejemplo: “*The Fatal Conceit, The Errors of Socialism*” (capítulos primero y cuarto, en particular; ed. University of Chicago Press, ed. 1992, 1ª ed. 1988). Estas cuestiones epistemológicas sobre la humildad que tiene que imperar al avanzar por la senda del conocimiento, se remontan a Sócrates, de ahí la mención a la “prudencia”. La perseverancia y constancia en este avance son inexcusables, de ahí la referencia al “esfuerzo” que Ortega y Gasset subraya en el texto citado en este artículo.